

EL SITIO FRANCÉS DE LA ISLA DE LEÓN (1810-1812) (1)

Juan TORREJÓN CHAVES
Universidad de Cádiz



URANTE la Guerra de la Independencia, la villa de la Real Isla de León —luego, ciudad de San Fernando— desempeñó un papel militar de primer orden que no ha sido aún suficientemente valorado. En su impetuoso avance por Andalucía, ocurrido a finales de enero y principios de febrero de 1810, cuando se dirigían a ocupar Cádiz —la más apreciada de todas las ciudades del sur por su carácter de primer puerto comercial del Imperio español— las tropas invasoras napoleónicas se encontraron en la Isla de León con un obstáculo inesperado. Ante la tenaz resistencia, los franceses optaron inicialmente por un bloqueo, que convirtieron en sitio regular. Y si bien muchos pensaron que el paso hubiera sido practicable de viva fuerza por el enemigo —ya que el río de agua salada o caño de Sancti Petri era difícil de defender por su extensión y porque no era bastante ancho y profundo, además de que las líneas de baterías no significaban una dificultad insuperable—, la Isla de León se comportó en todo momento como una posición inexpugnable durante el asedio que sufrió la bahía de Cádiz entre el 6 de febrero de 1810 y el 25 de agosto de 1812.

Junto al protagonismo militar, la Isla de León fue el escenario de las más importantes decisiones políticas que ocurrieron en la España libre durante 1810. En ella se reunió la Suprema Junta Central Gubernativa del Reino el 29 de enero y, por decreto de este día, resignó el poder soberano y lo transfirió a un Consejo de Regencia de España e Indias con la potestad de ejercer la autoridad suprema en todos los dominios españoles aquende y allende el océano. La primera Regencia estuvo compuesta por Pedro de Quevedo y Quintano, obispo de Orense; Francisco de Saavedra, consejero de Estado; Francisco

(1) Texto basado en el libro del autor, en preparación: *El sitio del ejército napoleónico a la bahía de Cádiz (1810-1812)*.

Javier Castaños, capitán general del Ejército; Antonio de Escaño, teniente general de Marina, y Esteban Fernández de León, contador general del Consejo de Indias. Estaba previsto que la instalación solemne de la Regencia se verificara el 2 de febrero, pero un levantamiento popular ocurrido también en la Isla de León el 30 de enero contra los miembros de la Junta Central obligó a que se adelantara al día siguiente. Fue, pues, en la Isla de León donde murió la desprestigiada Junta Central y nació la Regencia.

Más tarde, con la memorable jornada del 24 de septiembre de 1810, la Isla de León fue el origen de la contemporaneidad española. En sus casas consistoriales aprobaron los diputados de las Cortes Generales y Extraordinarias la fórmula del juramento; en su iglesia mayor parroquial de San Pedro y San Pablo lo juraron, y en su humilde teatro de comedias —luego Teatro de las Cortes— se instaló el primer Congreso Nacional, que aprobó el mismo día el histórico decreto por el que se reconocía la división de poderes y la soberanía nacional.

Lamentablemente, el decisivo papel desempeñado por la Isla de León en la historia general de la Guerra de la Independencia española y en la historia particular del bloqueo terrestre del ejército napoleónico a la bahía de Cádiz es poco o nada conocido, cuando se trató del más largo de todos los asedios ocurridos en España durante dicha guerra y el que consumió más recursos humanos y materiales de los sitiadores. En este tema, como en el relativo a las denominadas «Cortes de Cádiz», la Isla de León se ha visto olvidada o relegada a un plano secundario por la historiografía. A todo ello ha contribuido grandemente el abandono, deterioro y destrucción patrimo-



Torre Gorda. Dibujo de Carlos de Vargas, capitán de Infantería de línea e ingeniero voluntario del Ejército. (*Atlas de las Fortificaciones de la Isla de León*).

nial, que en el momento presente continúa. Rotundamente debe afirmarse que la Isla de León fue el auténtico antemural de la ciudad de Cádiz y que ésta hubiera sido tomada por el enemigo con relativa facilidad si aquélla hubiera sido superada.

La conquista de Andalucía por el Ejército francés

Después de la resonante victoria que los franceses consiguieron en Ocaña el 19 de noviembre de 1809 la situación no pudo ser más desfavorable para la causa de la independencia española. Entonces, el rey José Napoleón I se decidió a poner en ejecución su gran deseo de ocupar Andalucía, en lo que veía la liquidación de la Junta Central, el término de la insurrección y el final de la guerra. En los planes franceses, Cádiz representaba el objetivo más importante de la conquista de la España meridional, no sólo por su importancia comercial y marítima, sino también por ser la plaza fuerte desde la cual los británicos alimentaban la insurrección española.

El ejército dispuesto para la ocupación de Andalucía, que tuvo como general en jefe al mariscal Sout —duque de Dalmacia—, era el más importante de cuantos tenían los franceses en la Península. Estaba compuesto de los cuerpos 1.º, 4.º y 5.º, la división de la reserva general y dos regimientos españoles de nueva formación. Estas tropas francesas eran excelentes y gozaban de un merecido prestigio. El primer cuerpo, que se encontraba a las órdenes del mariscal Victor —duque de Belluno—, se componía de las divisiones comandadas por los generales Ruffin, Leval y Villatte, y de la división de dragones de reserva del general Latour-Maubourg. El 4.º cuerpo, bajo el mando del general Sebastiani, estaba formado por una división del gran ducado de Varsovia, una brigada de infantería francesa y tres brigadas de caballería. El 5.º cuerpo estaba comandado por el mariscal Mortier —duque de Treviso— y formado por las divisiones de Infantería de los generales Girard y Gazán, y una brigada de caballería ligera, al mando del general Beauregard. La reserva general era una división de Infantería al mando del general De-solles.

En sólo dos jornadas —20 y 21 de enero de 1810—, el Ejército francés logró con muy escasas pérdidas superar los pasos de Sierra Morena y alcanzar las cabezas de los puentes sobre el Guadalquivir. Seguidamente, el 4.º cuerpo continuó su movimiento exitoso tomando Jaén, Granada, Málaga y Antequera. Victor ocupó Córdoba, donde se demoró tres días para recoger su artillería. Luego continuó la marcha por el camino real en dirección a Sevilla, con las divisiones comandadas por los generales Ruffin y Leval. Llegó a Carmona el 28, donde se detuvo todo el día 29, presentándose en la jornada siguiente delante de Sevilla, que había sido abandonada por la Junta Central cuyos vocales huyeron hacia la bahía de Cádiz, unos por tierra y otros por el Guadal-

qu coast. Tras unas negociaciones y después de efectuar determinadas promesas, las tropas napoleónicas entraron en la capital hispalense en la mañana del jueves 1.º de febrero, a tambor batiente y con todas sus enseñas desplegadas. Por la tarde llegó José Napoleón I, quien fue cumplimentado por los cabildos civil y eclesiástico, y recibido con entusiasmo por la población. El rey intruso encontró suspendidas de las bóvedas de la catedral las águilas y las banderas francesas capturadas en Bailén, que envió a su hermano el emperador, con la satisfacción de aparecer como el noble reparador de tan famoso revés.

Los éxitos franceses conseguidos en la superación de la gran barrera que separa Andalucía de la meseta castellana y los brillantes movimientos demostrados hasta la conjunción en Andújar quedaron empañados por la lentitud del avance por la Andalucía occidental, pues se ocuparon diez días en cubrir la distancia existente entre Andújar y Sevilla. Esta pérdida de tiempo resultó adversa en grado sumo para los intereses franceses y fue en extremo favorable para la resistencia española, cuando las operaciones exigían que el invasor desarrollase una movilidad extraordinaria con el fin de alcanzar la posesión de la ciudad de Cádiz, objetivo prioritario de la campaña.

El mariscal Soult se encargó, desde Sevilla, de organizar el sistema militar y administrativo de las ricas provincias andaluzas, donde gobernó de manera parecida a la de un sátrapa omnipotente. En la capital hispalense los franceses contaron con los grandes recursos que les proporcionó el Real Arsenal de Artillería —uno de los mejores establecimientos industriales de España—, en el que hallaron aprovisionamientos considerables y, nada menos que 240 piezas artilleras. Lo pusieron bajo la dirección del afamado general Sénarmont y resultó de gran utilidad para sus proyectos ulteriores. Resulta incomprensible que el Parque de Artillería, con su maestranza, sala de armas y fundición, no se hubiese sacado de Sevilla y trasladado a la Isla de León antes de la llegada de los invasores; acción ésta que hubiera proporcionado a los españoles grandes medios de defensa, a la vez que hubiera impedido al enemigo hacerse tan fácilmente con tales recursos artilleros. Sobre el tema se había tratado repetidas veces en el seno de la Junta Central, especialmente después de la batalla de Medellín, pero no se tomó medida alguna al respecto.

El ejército del duque de Alburquerque

Después de la derrota de Ocaña, el teniente general y duque de Alburquerque evacuó con el ejército bajo su mando los alrededores de Talavera de la Reina y se retiró hacia Trujillo. Cuando los franceses entraron en Andalucía, Alburquerque ocupaba las riberas del Guadiana, teniendo establecido su cuartel general en Don Benito. Sus tropas se componían —en números redon-

dos— de 8.000 soldados de infantería y 600 de caballería, sin contabilizar los 3.000 hombres destinados a formar la guarnición de Badajoz.

Albuquerque salió de Don Benito el 15 de enero de 1810 observando al primer cuerpo de ejército napoleónico. Pasó el Guadalquivir por la barca de Cantillana durante los días 24 y 25 de enero y llegó en la jornada siguiente a Alcalá de Guadaíra. Entonces dudó la dirección a tomar. Una opción era marchar hacia Sevilla para ayudar a su defensa, tal y como se le demandó desde la misma, opción que rechazó ya que la capital hispalense precisaba de unos 40.000 hombres al menos para poder resistir un ataque francés. La otra posibilidad era dirigirse hacia la bahía gaditana para encerrarse en la Isla de León o Cádiz, salvando así a su ejército y coadyuvando a la defensa de tan importantes posiciones. La toma de decisión fue acelerada cuando las unidades de caballería que envió hacia Córdoba se toparon en Écija con la vanguardia francesa el día 28. Comprendiendo, pues, que no podía auxiliar en modo alguno a Sevilla con posibilidades de éxito, Albuquerque optó por retirarse rápidamente hacia la bahía de Cádiz antes de que llegara a la misma el Ejército francés. Para acelerar la marcha, envió la caballería y la artillería por el camino real de Sevilla a Jerez de la Frontera, a través de Utrera y Lebrija, y él tomó con la infantería el camino más directo, por los Palacios y las Cabezas de San Juan. La caballería del ejército de Extremadura fue seguida hasta Utrera por la brigada de dragones franceses del 14.º regimiento, que regresó luego a Sevilla.

Albuquerque tomó posición en las Cabezas de San Juan en la noche del día 30 de enero, ya con el enemigo a la vista. A partir de entonces, el avance del ejército de Extremadura fue meteórico, alcanzando sus unidades más adelantadas Jerez de la Frontera al anochecer del día 31 y Puerto Real en la madrugada del 1.º de febrero, con los franceses rezagados en dos marchas. El día 2 Albuquerque entró en la Isla de León con todo el cuerpo de infantería de su división, mientras que la caballería y la artillería volante se quedaron retrasadas, cubriendo el avance y observando al enemigo en el llamado «coto de Medinaceli», entre los ríos Guadalete y San Pedro. Las últimas unidades del ejército de Extremadura entraron en la Isla de León el día 4 de febrero, poco antes de la llegada de los franceses a El Puerto de Santa María.

No obstante la rapidez de su retirada, el general Albuquerque tardó demasiado en decidirse a marchar sobre la bahía de Cádiz. Su retaguardia pudo ser sorprendida en Utrera por la caballería francesa y, de no haber sido por el retraso de los invasores en ocupar Sevilla, la infantería enemiga podría haber llegado simultáneamente a la Isla de León si desde Écija el 5.º cuerpo se hubiese dirigido hacia Sevilla y el 1.º cuerpo hubiera avanzado rápidamente por Marchena, El Arahal y Utrera en dirección a la Isla de León. Pero el mariscal Victor perdió un día en Carmona, otro día para marchar sobre Sevilla, y dos días más en ésta, no presentándose ante las defensas de la Isla de

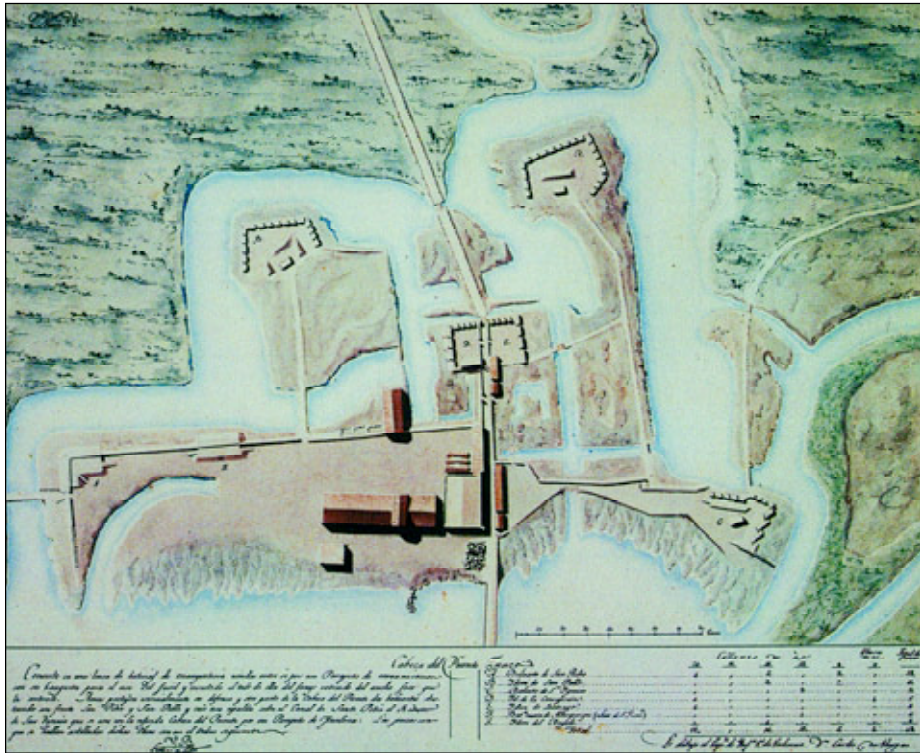
León hasta el día 6 de febrero. El retraso sería decisivo para la suerte de la guerra y de la independencia española.

El bizarro avance del ejército de Extremadura hacia la Isla de León y su entrada en ésta poco antes de que apareciera el ejército francés ha de ser considerado como la más importante, feliz y brillante acción militar de los españoles en los diez primeros meses del año 1810. Al alcanzar el puente de Suazo, las tropas de Alburquerque presentaban un estado lamentable. Mal armados, mal vestidos y peor aprovisionados, los soldados habían pasado por privaciones de todo tipo durante su larga marcha. La división salvadora de la Isla de León y Cádiz fue encargada de guarnecer inmediatamente la dilatada línea de defensa que se extendía desde Sancti Petri a La Carraca, ocupándose en fortalecerla a costa de grandes esfuerzos y sacrificios, hasta llegar a convertirla en algo temible partiendo casi de la nada.

Las defensas de la Isla de León a la llegada del ejército de Extremadura

El 12 de febrero de 1809 la Junta Central Suprema había dado una orden general para poner a todos los pueblos de España en estado de resistir y rechazar al enemigo francés. También la misma Junta resolvió que, en el supuesto de que Andalucía fuese invadida, el Gobierno debería trasladarse a la Isla de León, debiéndose trabajar en fortificarla, así como cortar el caño del Trocadero, lo que fue ordenado pero no ejecutado. Sólo cuando se acercaba a la bahía de Cádiz el ejército del mariscal Victor se volaron los castillos de Fort-Luis y Matagorda.

Al entrar el ejército de Extremadura, las defensas de la Isla de León se encontraban en un estado de casi absoluto abandono, hallándose medianamente bien fortificado el puente de Suazo, que tenía montadas sus baterías, pero al que le faltaban obras complementarias muy necesarias, como estacadas y fosos. El extenso terreno comprendido entre Sancti Petri y Gallineras estaba indefenso y únicamente existía en el primero de estos puntos una batería a barbeta, con sus cañones sin montar tirados por la arena. En Gallineras se construía una batería poco sólida que tenía cinco troneras abiertas, hallándose la zona muy expuesta. El dilatado espacio existente entre Gallineras y el puente de Suazo se encontraba del todo indefenso, sin un solo cañón. Desde el puente de Suazo hasta el importante punto de la Máquina de Sierras —la única tierra firme próxima a La Carraca, donde el enemigo podía instalar baterías y hacer fuego artillero contra el arsenal— era la propia naturaleza del terreno el casi exclusivo medio de defensa. En el lugar existía tan sólo una pobre batería mal direccionada, mientras que la línea de baterías de La Carraca se hallaba en una situación tan sumamente precaria que se temía sobre todo la acción del propio fuego. Cuando se aproximaban los franceses, los ingenieros de Tierra y de Marina fueron encargados de recorrer la Isla de León con la



Baterías de la cabeza del puente de Suazo. Dibujo de Carlos de Vargas. *Ibidem*.

mayor prontitud y proponer las defensas necesarias, atendiendo fundamentalmente a los puntos fuertes de Sancti Petri, Gallineras, puente de Suazo y La Carraca.

Cuando llegó a la Isla de León, Alburquerque fue nombrado comandante general del Ejército y dirigió sin pérdida de tiempo y con gran actividad todos los preparativos de la defensa. En la Isla y en Cádiz, todo varón en edad de portar armas fue enrolado y, a solicitud del propio general, la Regencia autorizó que se anegasen las salinas, abriéndose muros y compuertas, que se realizaran nuevas cortaduras y canales, que se conservasen en el mejor estado posible las obras defensivas existentes y que se levantasen otras nuevas. En la bahía se hallaban entonces una escuadra inglesa a las órdenes del almirante Purvis y otra española comandada por el almirante Ignacio de Álava.

El teniente general Alburquerque fue el auténtico salvador de la Isla de

León y, con ésta, de la ciudad de Cádiz. Permaneció al frente de las fuerzas de tierra españolas hasta finales de marzo de 1810, cuando fue relevado por el general Blake. El motivo de la pérdida del mando estuvo en las fuertes desavenencias que mantuvo con la todopoderosa Junta de la ciudad de Cádiz, que lo trató de forma injusta e ingrata. La Regencia le dio una salida honrosa nombrándolo embajador de la España libre en Londres, donde falleció.

Por Real orden de 5 de junio de 1815, en reconocimiento a la retirada efectuada sobre la Isla de León en 1810, se concedió al ejército de Extremadura una cruz de distinción en cuyo escudo ovalado se representaron pintadas las columnas de Hércules, una porción de mar, una nave en situación de naufragar y el horizonte con celajes. En el exergo de la cara principal del escudo figuró el lema «Salvó la nave que zozobraba» sobre azul celeste claro, y en el reverso «Al Duque de Alburquerque y su ejército».

Nuevos canales

Entre las actuaciones más inmediatas e importantes se halló la realización del canal llamado de San Jorge con su puente giratorio de dos brazos, por el cual pasaban libres de todo riesgo de las baterías enemigas las embarcaciones que proporcionaban el abastecimiento general desde el puerto de Gallineras al puerto del Saporito, evitándose así el tránsito por el río de Sancti Petri, que por esa parte estaba dominado por el fuego de los franceses, acortándose además la distancia en dos tercios.

A principios de junio de 1810, y por las mismas razones, se proyectó y empezó a abrir otro canal al SO del cerro de los Mártires y Campo de Soto, con tres brazos. La principal razón de su apertura era la misma que en el caso del canal de San Jorge: permitir la comunicación desde el mar abierto con la Isla de León y la bahía si los franceses llegaban a impedir con sus baterías la entrada libre en el río de Sancti Petri. Además de garantizar por este medio los aprovisionamientos bélicos y de subsistencias, los nuevos canales cumplían una función defensiva al aumentar muy sensiblemente la masa de aguas de las salinas y el contorno de la Isla de León, permitiendo la navegación por sus aguas de las cañoneras y demás barcos de fuerza. Los tres brazos del canal se diseñaron del modo siguiente: el principal del centro, en dirección recta a la playa del Océano, con 640 varas de largo; el de Dos Hermanas, que discurría en las inmediaciones de las faldas del cerro de los Mártires, en dirección O 1/4 NO, con 850 varas de largo, y el tercero, en dirección al río Arillo, con 1.200 varas de largo. La obra cortaría el arrecife viejo de Cádiz.

Las claves del retraso francés en su avance sobre la bahía de Cádiz

Se ha reprochado a José I que se opusiera a una marcha rápida sobre Cádiz, cuando la verdad es que la decisión de no ejecutarla y de ocupar antes Sevilla se adoptó en una reunión de generales celebrada en Carmona el 29 de enero de 1810. En la misma, fue Soult el que impuso su criterio, señalando: *Qu'on me réponde de Séville; je répons de Cadix*. Esto se ha interpretado como el imperioso deseo del duque de Dalmacia de tomar posesión de una ciudad llena de grandes riquezas, para colocar en ella el gobierno de Andalucía que le había sido prometido.

La decisión de ocupar primero Sevilla y luego marchar sobre Cádiz fue funesta en extremo para los franceses y un ejemplo claro de cómo los deseos personales pueden sobreponerse a los intereses generales, en detrimento de éstos. Las operaciones militares quedaron así fuertemente comprometidas por la ambición desmesurada de uno de los mariscales de Napoleón, cuyo comportamiento en la ciudad hispalense fue deshonesto en alto grado. Su actividad expoliadora de obras de arte alcanzó cotas extraordinarias.

El avance lento también se ha querido justificar por el miedo a que se repitiera otra derrota como la de Bailén, tan humillante para las armas francesas. Si los franceses hubieran avanzado con su rapidez habitual podrían haber evitado la entrada de la división de Extremadura en la Isla de León, lo que hubiera cambiado la suerte de este inexpugnable baluarte de la independencia nacional. El propio Napoleón manifestó: *Si j'avais dirigé cette expédition, je me serais présenté le 27 janvier devant San-Petri et l'Île de Léon, et d'après ce qui se passait alors dans Cadix, il est probable que j'y fusse entré d'em-bée.*

No obstante el fracaso ante la Isla de León, la conquista de Andalucía por las tropas francesas fue una operación muy importante en sus vertientes política y militar. La expedición cuyo objetivo final era la ocupación y «pacificación» de todo el sur de España fue iniciativa de José I y de su mayor general, el mariscal Soult. Al respecto, el monarca había sido aconsejado favorablemente por sus ministros españoles O'Farrill, D'Azanza y Urquijo. Soult apoyaba la operación porque deseaba colmar sus ambiciosas pretensiones. Sobre el asunto, Napoleón no adoptó una posición clara: ni puso impedimentos, ni se pronunció abiertamente a favor de la misma. El emperador tenía la idea de que las actuaciones deberían ir dirigidas por encima de todo a expulsar a los británicos de la Península, cuya presencia apoyaba y estimulaba la tan enérgica resistencia de los españoles; pero también veía con agrado la posibilidad de dominar la rica Andalucía de un solo golpe. Complementariamente, su dominio serviría para dar un firme apoyo a Massena cuando marchase con su ejército sobre Lisboa para la definitiva ocupación de Portugal, teniendo así cubierto su flanco izquierdo.

Las previsiones francesas casi llegaron a cumplirse. Sólo la inesperada

y resolutiva defensa de la Isla de León trastocó de manera esencial lo planificado.

El ejército francés del sur

José I Bonaparte, después de entrar triunfante en Córdoba, Sevilla, Jerez de la Frontera y El Puerto de Santa María, y de efectuar un viaje por tierras gaditanas y otros puntos de Andalucía, regresó a Madrid dejando a Soult como comandante en jefe del Ejército del Sur —*l'Armée du Midi en Espagne*—, que contaba con 67.758 hombres y 13.991 caballos, de los cuales 10.868 eran de caballería ligera y 3.123 dragones. En el mes de mayo siguiente los efectivos aumentaron hasta alcanzar los 90.468 hombres y 14.460 caballos. Sobre estas fuerzas —las mejores que Francia poseía— Napoleón escribió en diciembre de 1811: *Le duc de Dalmatie a la plus belle armée du monde*.

El primer cuerpo —comandado por el mariscal Victor hasta principios de febrero de 1812— se compuso de tres divisiones de infantería, además de la caballería, la artillería y un regimiento de marina. Después de que el duque de Belluno se marchara a la campaña de Rusia, la comandancia del cuerpo recayó en el general de división Villatte, un hombre joven pero un general antiguo, amado y estimado en el ejército francés por sus cualidades militares.

Inicialmente, la 1.^a división estuvo comandada por el valiente general de división François-Amable Ruffin; la 2.^a división por el experimentado general Leval, y la 3.^a por el general Villatte. La caballería se compuso del 5.^o regimiento de cazadores a caballo —caballería ligera— y dos escuadrones del 2.^o regimiento de dragones —caballería de línea—. La artillería estuvo formada por un regimiento de a pie y a caballo, zapadores, y minadores. El regimiento de marina se compuso del 43.^o batallón de marina y el 2.^o batallón de obreros de marina. Los 900 hombres del 43.^o se hallaron todos destinados en el Trocadero, al igual que los algo más de 600 individuos del batallón de obreros.

Para dar una idea de la experiencia de estas tropas, bastará decir que el 27.^o regimiento de infantería ligera, de la 3.^a división, había combatido anteriormente en Austerlitz (1805), Lubeck (1806), Friedland (1807), Durango (1808), Valmaseda (1808), Espinosa de los Monteros (1808), Essling (1809), Wagram (1809) y Talavera de la Reina (1809).

La llegada de las unidades napoleónicas a la bahía de Cádiz

El mariscal Victor entró en Jerez de la Frontera el domingo 4 de febrero de 1810 y desde allí envió a Cádiz un primer requerimiento que no produjo efecto alguno. El lunes 5 alcanzaron la bahía gaditana las primeras unidades fran-

cesas, que entraron a mediodía del martes 6 en El Puerto de Santa María, donde se asentó el Estado Mayor del ejército invasor. Inmediatamente destacaron tropas para que reconocieran el castillo de Santa Catalina, que encontraron demolido, así como los castillos de Matagorda y Fort-Luis, que los españoles habían hecho volar precipitadamente en fechas anteriores. En seguida, unos 200 caballos con un general al frente, presumiblemente el propio mariscal, se dirigieron hacia el arrecife que llevaba al puente de Suazo. Se detuvieron en la primera cortadura que habían efectuado los defensores y, adelantándose un trompeta, comunicó al oficial del puesto que el duque de Belluno venía a cumplimentar al Gobierno. El oficial del puesto respondió, tal como se le había prevenido, que no tenía orden para dejarlos pasar. Los jinetes volvieron grupas.

La Regencia mandó que se situaran seis lanchas de fuerza en Sancti Petri para cortar el paso al enemigo por aquel punto tan importante, así como desplazar el navío *San Justo* a las proximidades del Trocadero para batir al enemigo en el caso de que intentase establecer una posición. El día 7 de febrero las lanchas cañoneras españolas obligaron a los franceses a retroceder hacia Puerto Real, respondiendo el enemigo con fuego de fusilería. Este mismo día fue enviado a la ciudad de Cádiz un buque parlamentario con un oficio acompañado de una proclama, en los términos siguientes:

«Excelentísimos Señores: El Rey nuestro Sr. D. José Napoleón, habiendo destruido en Ocaña al ejército que creyó apoderarse de Madrid, ha forzado el paso de Sierra Morena, y ha ocupado en muy pocos días los Reinos de Córdoba, Jaén, Granada y Sevilla que con aclamaciones de júbilo le han jurado como su Rey. Tan rápidas operaciones sólo pueden ser obra de la sabiduría, del talento militar y de una fuerza que no conoce resistencia.

S. M. se halla en los bordes de la bahía de Cádiz, y animado de los nobles sentimientos que forman su carácter, se complace en olvidar todo agravio, porque no lo recibe de quien no lo conoce. Sólo desea la felicidad de sus pueblos, y poner fin a una guerra que no puede conducir sino a la devastación de esta comarca y destrucción de la más ilustre de sus ciudades. Con este objeto, se ha dignado S. M. comisionarnos para que, asegurando al Gobierno y habitantes de la ciudad de Cádiz de los piadosos sentimientos que manifiestan la adjunta proclama, puedan disputar los sujetos que merezcan su confianza a tratar y convenir con nosotros en los medios de la más interesante conciliación y seguridad de la escuadra y arsenal que sólo pertenecen a la nación.

Conduce este papel un buque parlamentario, a quien debemos esperar se le trate como mandan las leyes de guerra.

Dios guarde las vidas de Vuecencias muchos años. Puerto de Santa María, seis de febrero de mil ochocientos diez. José Justo Salcedo, Pedro de Obre-

gón. M. Miguel Hermosilla.

Excmos. Señores Vocales de las Juntas de Gobierno de la ciudad de Cádiz e Isla de León.»

Debe resaltarse que los comisionados eran oficiales muy acreditados al servicio del rey José I: dos prestigiosos tenientes generales de la Real Armada, José Justo Salcedo y Pedro de Obregón, y un reconocido integrante del Cuerpo de Ingenieros Militares, M. Miguel Hermosilla. La propuesta fue rechazada, lacónicamente, por la Junta de Cádiz, que contestó en los conocidos términos de: «La ciudad de Cádiz, fiel a los principios que ha jurado, no reconoce otro Rey que el Sr. D. Fernando VII».

Durante los días siguientes los franceses fueron apoderándose de todos los puntos existentes en el recinto exterior de la bahía, desde Rota hasta Chiclana de la Frontera, situando sus fuerzas de manera tal que pudiesen socorrerse mutuamente en caso de ser atacadas. En esta operación contaron con la estimable ayuda del marino afrancesado José Justo Salcedo, buen conocedor del territorio.

Un nuevo requerimiento, dirigido esta vez al general Alburquerque, y datado en Chiclana de la Frontera, fue respondido de manera tal que no dejó dudas sobre la resolución de los españoles ni otra opción que la de intentar tomar por la fuerza la Isla de León. La contundente respuesta de Alburquerque fue la siguiente:

«El sentimiento que coloca a todos los españoles las armas en la mano para responder a una dominación inicua, os prueba la justicia de la causa que yo defiendo.

La fortaleza de Cádiz no tiene nada que temer de un ejército de cien mil hombres. No haga usted verter una sangre inútil para asediarnos sin fruto y sin gloria.

Señor duque, nuestras tropas y las de los ingleses, nuestros fieles y nobles aliados, están prestas para combatir. Usted sabe que son dignas de las vuestras.

El trato de los prisioneros será el que corresponde entre las naciones civilizadas. Nosotros hemos visto a los españoles inmolados, bajo el nombre de insurgentes, por unos vencedores que se han deshonrado; no seguiremos un ejemplo parecido. Sé también, señor duque, que será usted quien lo dará.

El duque de Alburquerque. Isla de León, 10 de febrero.»

El 16 de febrero, con motivo de la estancia de José I en El Puerto de Santa María, recibió Alburquerque una carta del mariscal Soult, que fue respondida también de forma vigorosa y determinante. Ante lo infructuoso de esta nueva actuación, Salcedo, Obregón y Hermosilla se dirigieron el día 17 al comandante general de Marina, Ignacio de Álava, quien contestó al día siguiente también en un tono muy firme. El 20 del mismo mes los franceses enviaron

unos pliegos de papel al Gobierno español, que dio la orden al verdugo de quemarlos públicamente en la plaza de San Juan de Dios. El día 22 los sitiadores enviaron un nuevo parlamento, que ya no fue ni recibido ni oído. Como se presumía que la intención de estos emisarios era la de reconocer las posiciones españolas, se les intimó a que en una nueva ocasión serían recibidos a cañonazos. Aún así, al día siguiente se presentaron ante las avanzadillas de la Isla de León un trompeta francés y otro soldado de uniforme blanco que acompañaban a un parlamentario, quienes no fueron admitidos y amenazados de ser atacados con fuego en cumplimiento de las órdenes dadas al respecto.

La presencia del rey José I Bonaparte en la bahía de Cádiz

José I partió de Sevilla el 12 de febrero en dirección a Utrera. Allí recibió la noticia de que el duque de Alburquerque había logrado entrar con el ejército de Extremadura en la Isla de León. Al día siguiente salió de Utrera por la mañana y llegó a Jerez de la Frontera, donde fue recibido con aclamaciones por sus habitantes. Partió el 14 hacia El Puerto de Santa María —divisando por vez primera la bahía gaditana desde la zona de Buenavista— donde estableció su cuartel general. El 15 se acercó hasta el fuerte de Santa Catalina, desde el que pudo observar las murallas y demás construcciones de la ciudad de Cádiz. En las siguientes jornadas visitó Puerto Real y Chiclana de la Frontera.

Durante su estancia portuense José Bonaparte efectuó diversas tentativas para entrar en negociación con las autoridades de Cádiz, sin saber que la Junta Central había sido relevada por una Regencia. Antes de partir definitivamente de El Puerto de Santa María hizo una excursión de algunos días a Sanlúcar de Barrameda, después de la cual salió de El Puerto el 25 de febrero, durmiendo el mismo día en Jerez de la Frontera y dirigiéndose al siguiente hacia Arcos de la Frontera, donde fue bien recibido. De Arcos pasó a El Bosque, y de aquí a Ronda, donde permaneció tres días, encaminándose seguidamente en dirección a Málaga.

Las fortificaciones de la Isla de León, las fuerzas navales sutiles y las primeras operaciones de ataque

Las líneas de fortificación

En la primera etapa del asedio francés de la Isla de León los españoles adoptaron la decisión de evitar las grandes acciones y mantenerse fundamentalmente a la defensiva, ante su reducido número y el carácter de sus fuerzas.

La infantería española no se hallaba en condiciones de enfrentarse a la experimentada infantería enemiga, de poder a poder, mientras que la caballería española era escasa y estaba muy mermada, cuando la francesa era excelente, numerosa y muy aguerrida. De ahí que el fundamento defensivo de esta España reducida fuera aprovechar las particulares características de la maraña de caños y terrenos anegadizos por las mareas circundantes de la Isla de León, estableciendo tres grandes líneas de artillería, complementadas con una escuadra de buques menores.

Primera Línea. Discurría siguiendo el río de Sancti Petri desde el castillo homónimo hasta el arsenal de La Carraca. Tenía treinta y cinco puestos. A título de ejemplo, se relaciona la composición de la Batería del Portazgo: se hallaba avanzada a algo más de 1.600 varas de la cabeza del puente de Suazo, a orillas del caño de Zurraque y sobre el arrecife de Puerto Real antes de que éste se uniese con el arrecife de Chiclana de la Frontera. Rodeada de caños y salinas, poseía tres cañones de bronce de a 24; seis cañones de bronce de a 16; dos cañones de bronce de a 12; dos cañones de bronce de a 8; dos cañones de bronce de a 4; dos obuses de a 9 pulgadas; y un obús de a 7. En total, 18 piezas.

Segunda línea. Discurría por detrás de la primera línea. Estaba atendida



Batería del Portazgo. Dibujo de Carlos de Vargas. *Ibidem.*

por los aliados británico-portugueses, e iba desde la playa de Sancti Petri hasta el caño de Herrera.

Tercera línea. Defendía la Isla de León por la parte de la bahía, desde la casería de Ozio hasta la zona de Santibáñez, en el arrecife que unía Cádiz con la Isla de León.

En síntesis, un impresionante poder artillero de 698 piezas, así distribuidas: 540 cañones, 30 carronadas, 17 morteros y 111 obuses. A las piezas de estos puestos se unían las montadas en los apostaderos de las fuerzas sutiles.

La imperiosa necesidad de contar con un nuevo parque de artillería y una maestranza hizo que la Regencia adoptase la resolución de establecerlos en la Isla de León, destinando mientras tanto al efecto algunos talleres en el arsenal de La Carraca. También decidió que, para cubrir el gran consumo diario de municiones, se construyese un horno de reverbero bajo la dirección de un oficial de Marina.

Las fuerzas sutiles de Marina

Las unidades navales menores, sumamente apropiadas para navegar en el saco interior de la bahía y por el laberinto de caños circundantes de la Isla de León y el islote de La Carraca, estuvieron compuestas de lanchas de fuerza, místicos, faluchos de auxilio, botes y falúas, que se armaron con cañones de batir, obuses y morteros. Estas unidades sutiles fueron divididas en dos escuadras: una para la defensa de la bahía y otra para resguardar La Carraca y los puntos interiores de la Isla de León. En febrero de 1810 la primera se puso al mando del teniente general Cayetano Valdés, y la segunda al mando del jefe de escuadra Juan Topete, ambos muy acreditados oficiales. Cuando se encargaron de las mismas, la primera escuadra contaba con 46 barcos y la segunda con 34, distribuyéndose las unidades en los puntos principales de La Carraca, el puente de Suazo, Gallineras y Sancti Petri.

La contribución de las escuadrillas sutiles a la resistencia de la Isla de León durante el asedio napoleónico fue extraordinaria, guardando el interior de la bahía, auxiliando a las defensas de tierra, impidiendo el establecimiento de los franceses en sitios avanzados, cerrando el paso de los caños, insultando permanentemente al enemigo y protegiendo a las embarcaciones menores mercantes que aprovisionaron a los sitiados.

Los primeros ataques de los sitiados

Con relación a las actividades ofensivas, se decidió emprender únicamente pequeños movimientos para inquietar al enemigo, retardar los trabajos de fortificación que había emprendido e ir minando, paulatinamente, su moral en

la inmensa línea de despliegue que levantaron. Esta opción táctica fue totalmente apoyada por los aliados. Así, por ejemplo, el 12 de febrero de 1810, la infantería de Alburquerque y las fuerzas sutiles efectuaron una salida de sus posiciones de la que resultó el desalojo de los enemigos de la casa del Portazgo sobre el camino de Chiclana de la Frontera, destruyéndose los parapetos y empalizadas que los franceses habían construido, donde colocaron dos piezas de artillería. Seguidamente se efectuó una tercera cortadura sobre el arrecife. Esta cortadura del Portazgo fue perfeccionada y, si bien los enemigos quisieron impedirlo, fueron rechazados por las animosas tropas españolas.

El día 23 del mismo mes tuvieron lugar dos acciones de armas relevantes. En la madrugada, tropas combinadas españolas y británicas efectuaron un desembarco y ocuparon las ruinas del fuerte de Matagorda. Los británicos se encargaron de este punto, donde colocaron artillería gruesa para batir el caño del Trocadero. Los españoles destruyeron un espaldón y una batería que los franceses habían formado en el arrecife de Chiclana de la Frontera, que estaba a unas 1.000 varas del Portazgo. Al día siguiente salieron de La Carraca las partidas de guerrilla de la división que cubría ese punto, apoyadas con lanchas cañoneras, desembarcando y atacando una posición enemiga adelantada. La avanzada española de la cuarta cortadura quemó la casa que servía a los franceses de refugio en la noche. En estos primeros y pequeños ataques las fuerzas nacionales manifestaron tener un ardor y un valor dignos del mayor encomio, emulando el ejemplo del acreditado regimiento portugués de Campo Mayor.

Simultáneamente comenzaron a entrar en la bahía gaditana tropas españolas procedentes de otros lugares. Así, el 11 de febrero llegaron ocho barcos desde la costa de Ayamonte, cada uno con entre 60 y 70 hombres, y cuatro misticos con unos 500 más, pertenecientes a la división del teniente general Francisco Copons. El día 28 arribaron, desde el Campo de Gibraltar, varios transportes con 700 hombres y 118 caballos. Se trataba de efectivos del ejército del centro que, después de ser dispersados en Sierra Morena, allí se concentraron.

El bloqueo terrestre a la bahía de Cádiz

Cuando Victor recibió la orden del mariscal Soult de reducir por la fuerza la Isla de León y Cádiz, una extensa línea de cerco fue levantada por el invasor desde Rota hasta la Torre Bermeja, frente el castillo de Sancti Petri. Esta línea ofrecía posibilidades defensivas a los sitiadores ante las posibles salidas de los sitiados, pero su función primordial fue la de permitir el despliegue de las unidades que efectuaron el sitio. Paulatinamente, las unidades del primer cuerpo fueron desplegándose ocupando todas las poblaciones del arco de la bahía, con apoyo en el río Guadalete por la izquierda y en el mar por la de-



Baluarte de San Pedro, del conjunto de fortificaciones de la cabeza del puente de Suazo. Artillado con cuatro cañones de a 24, cinco cañones de a 16 y tres obuses de a ocho. Al fondo, Chiclana de la Frontera.

recha.

Los fuertes y baterías de la costa, destruidos previamente ante el avance enemigo por los españoles, fueron reparados por los franceses y puestos en estado de armas. Otros reductos y baterías fueron construidos sin dilación en los puntos intermedios, recibiendo igualmente cañones de grueso calibre. Alrededor de trescientas bocas de fuego, tomadas en Sierra Morena y en los depósitos de Sevilla, sirvieron para armar esta inmensa línea de contravalsación.

En Chiclana de la Frontera, frente a la primera línea de defensa de la Isla de León, los invasores colocaron depósitos y almacenes, situando Victor en esta villa su reserva, compuesta por la 1.^a brigada de la división Ruffin y la 2.^a de la división Leval. Al Este, la línea de cerco fue cubierta por dos batallones de infantería y los escuadrones de la caballería ligera y de línea. Latour-Maubourg estableció en Medina Sidonia su cuartel general, guardando la salida de la serranía de Ronda. Los puestos avanzados se colocaron en Alcalá de los Gazules y Casas Viejas.

El bloqueo terrestre de la bahía de Cádiz, que tuvo numerosa oposición

entre los militares franceses, fue justificado por Soult con varias razones:

- Con la operación se preservaba la parte de costa ocupada por el 1^{er} cuerpo de todo desembarco enemigo, contando éste en la Isla de León y Cádiz con fuerzas numerosas.
- Desaparecería el contrabando, tan activo en estos parajes.
- Se impediría el tráfico comercial con los asediados.
- Se privaría a la ciudad de Cádiz del agua dulce que le llegaba de los manantiales de El Puerto de Santa María.
- Se pondrían grandes obstáculos a la comunicación por mar entre las dos bahías, cortando las comunicaciones con el Arsenal de La Carraca.
- Se esperaba la rendición de la plaza de Cádiz por medio del bombardeo con proyectiles explosivos, lanzados a gran distancia desde las posiciones más cercanas de la tierra firme donde colocar las baterías correspondientes.

El plan del mariscal Victor para el asedio, después de conquistar el fuerte de Matagorda y el Trocadero, y de consolidar su línea de defensa fundamental desde el castillo de Santa Catalina en El Puerto de Santa María hasta la tierra firme frente al castillo de Sancti Petri, se basó en los siguientes objetivos:

- Colocar en Matagorda una batería de nuevos cañones-obuses con capacidad para bombardear la ciudad de Cádiz, que serían fundidos en la Fábrica de Artillería de Sevilla.
- Construir un gran número de lanchas cañoneras, armadas con gruesa artillería, así como embarcaciones de transporte con capacidad para transportar alrededor de 10.000 hombres.
- Conseguir incrementar el número de marinos, entre 500 y 600, que se añadirían al batallón de marinos de la Guardia y de artilleros (un millar) para servir a estas unidades navales.
- Obtener la pólvora y municiones suficientes para la utilización extraordinaria que se pensaba llevar a cabo.
- Reforzar el 1^{er} cuerpo con soldados de infantería hasta alcanzar los 30.000 efectivos.
- Después de incrementada la fuerza en los términos expresados, atacaría a la bayoneta la Isla de León. Una vez sobrepasada ésta, caminaría por el istmo hacia la ciudad de Cádiz, mientras que sobre la misma el fuerte de Matagorda lanzaría con sus morteros una masa formidable de fuego.
- Coordinadamente, una flota militar francesa colocada frente a Cádiz combatiría a las unidades navales anglo-españolas.



Bombardeo francés con morteros a la ciudad de Cádiz desde La Cabezuela.

Pero el mariscal Victor no recibió los recursos solicitados. Al respecto, Soult fue acusado de secundarle muy escasamente en el sitio de Cádiz. Ambos mariscales no se llevaron bien y Victor estuvo convencido de que el triunfo sobre el sitio de Cádiz sería un mérito y un honor propio, lo que no contaba con el favor de Soult.

La ayuda de los aliados británicos y portugueses

Con el inicio de la Guerra de la Independencia los británicos pasaron de ser los bloqueadores del puerto gaditano a convertirse en uno de los más sólidos fundamentos de la lucha contra las fuerzas napoleónicas. El 29 de mayo de 1808 tuvo lugar la violenta muerte del Gobernador de Cádiz, el teniente general Francisco Solano —marqués del Socorro—, como consecuencia del tumulto popular que se formó cuando se propagó el bulo de que estaba dispuesto a entregar la plaza a los franceses. El nuevo gobernador, el acreditado general de artillería Tomás de Morla, envió dos mensajeros al vicealmirante Collingwood —quien había mandado la escuadra británica de retaguardia en la batalla de Trafalgar— con el objeto de que levantase el bloqueo del

puerto de Cádiz, solicitándole además que comunicase a su Gobierno la intención de cerrar un tratado de paz entre Gran Bretaña y España, bajo las bases del que se había efectuado en 1783, y formalizar una alianza mutua para combatir a los franceses. Collingwood tramitó la propuesta de Morla a su Gobierno y se ofreció a ayudar a los españoles entrando en la bahía para destruir a la escuadra francesa que se hallaba en ella refugiada después de Trafalgar, al mando de Rosily. El general Morla rechazó tal proposición, pero convino con el marino inglés que impediría la huida de los franceses en el caso de que la intentaran, cuando los españoles los acometiesen. La rendición de la escuadra de Rosily fue la primera derrota francesa en la Guerra de la Independencia, un mes antes de la batalla de Bailén.

Desde los orígenes del conflicto los británicos estuvieron absolutamente convencidos de la importancia de Cádiz y la Isla de León en lo concerniente a los asuntos marítimos y militares, y concibieron la idea de establecer en ambas poblaciones una guarnición suficiente para ponerlas sobre seguro. Las negociaciones que desarrollaron con la Junta de Sevilla, primero, y con la Junta Central, más tarde, no tuvieron resultados.

Las relaciones con los británicos se reforzaron, además de con Collingwood, con H. Dalrymple, gobernador de Gibraltar, quien ofreció una división de 5.000 hombres. En los días 28 y 30 de junio y 1 de julio de 1808 dieron el ancla en la bahía de Cádiz varias fragatas y bergantines mercantes ingleses con tropas de transporte, que estaban con la escuadra británica, fondeada fuera de la bahía. Esta fuerza desembarcó al mando del mayor general Spencer y se situó entre El Puerto de Santa María y Jerez de la Frontera, aun antes de formalizarse el tratado de alianza entre España y el Reino Unido. Spencer entregó a Morla 800.000 reales de vellón para acudir a las urgencias del momento. Éste fue el primero de los subsidios que España recibió de los nuevos aliados.

En agosto de 1808 llegaron a Cádiz 1.118.593 y 14.978.760 reales de vellón, que se recibieron, respectivamente, de Collingwood el 7 de agosto y del cónsul británico en Cádiz, Diego Duff, el 27 del mismo mes, en unión de armas, municiones y géneros diversos con destino al socorro del Ejército español: 50.000 fusiles completos, 4.000.000 de balas de fusil, 5.999.500 cartuchos de fusil, 500.000 piedras de chispa, 23.400 vainas de bayonetas y 257.400 libras de pólvora. Las piezas de los géneros de tela —calicós, lienzos, sargas, paños y sempiternas— fueron 7.902, con 156.435 y media yardas. Junto a esta ayuda, los británicos entregaron en Sevilla 120 cajones con barras de plata. El 30 de agosto fondeó en la bahía gaditana la fragata de guerra inglesa de 48 cañones *Loire*, de Portsmouth, portadora de 500.000 pesos fuertes en barras. El 9 de septiembre entró en el puerto de Cádiz la corbeta inglesa de guerra *Plutón*, proveniente de Portsmouth y Lisboa, que traía en conserva una fragata y tres bergantines de su nación que venían cargados de fusiles, pólvora, municiones de guerra, vestuarios y otros efectos para el Gobierno español.

Fue el 14 de enero de 1809 cuando se firmó, en Londres, el pacto de alianza entre España y el Reino Unido, que en lo concerniente al comercio contemplaba mutuas franquicias a la espera de un tratado definitivo. Por parte española, actuó de ministro plenipotenciario el almirante Juan Ruiz de Apodaca.

Los reveses militares de los españoles sobre el Tajo a finales de 1809 y los acontecimientos ocurridos en Andalucía al comienzo de 1810 convencieron al Gobierno británico de la imperiosa necesidad de que Cádiz no cayera en poder del enemigo. A la sazón, no existían fuerzas británicas en el entorno gaditano, salvo en Gibraltar. El teniente general vizconde de Wellington se encontraba replegado en Portugal, bajo la seguridad proporcionada por las defensas de Torres Vedras, cuando recibió un despacho de la Regencia española en el que se le solicitaba el envío inmediato de un destacamento de tropas británicas para cooperar a la defensa de Cádiz. Wellington comprendió las ventajas que para los intereses británicos representaba la preservación de un punto de tanto valor estratégico, y envió fuerzas sin pérdida de tiempo, bajo su directa responsabilidad y varias condiciones, entre ellas la de que la fuerza expedicionaria recibiría sus raciones de los almacenes españoles.

El mismo día que alcanzaban la bahía de Cádiz las unidades del 1^{er} cuerpo napoleónico, Wellington ordenaba al mayor general William Stewart que se pusiera al frente de las dos compañías de artillería que recientemente habían llegado a Lisboa desde Inglaterra, de los regimientos 79.º y 94.º, y del 2.º batallón del 87.º, y que se embarcara tan pronto como fuera posible para Cádiz, donde cooperaría a la defensa de la plaza con todos los medios en su poder. La fuerza expedicionaria llegó al puerto gaditano el 11 de febrero de 1810, pero no desembarcó hasta el día 15, cuando el general Stewart obtuvo de las autoridades españolas diversas garantías sobre la atención que recibiría la fuerza bajo su mando, según las órdenes directamente recibidas del mismo Wellington.

La llegada a Cádiz de las unidades británicas, en momentos tan extraordinariamente dramáticos, provocó un entusiasmo indescriptible en la población española. Los gaditanos se asombraron de ver unas unidades militares tan bien disciplinadas y equipadas. Tras el desembarco, las tropas formaron en una espléndida línea de parada, donde predominaba el color rojo de sus uniformes. El desfile de la fuerza lo abrió el regimiento 79.º de los Cameron Highlanders, que fueron objeto de la mayor atracción por sus vestimentas y el sonido de sus gaitas; le siguió el regimiento 94.º también escocés, pero no Highland, y a éste el 2.º batallón del regimiento 87.º irlandés (Royal Irish Fusileers). Los regimientos escoceses fueron enviados a la defensa de la Isla de León, mientras que el batallón irlandés fue destinado para ocupar el fuerte y los barracones de Santa Elena de la ciudad de Cádiz. Días más tarde estas fuerzas fueron aumentadas con el 88.º regimiento proveniente de Gibraltar y el 20.º regimien-

to de infantería portuguesa, llamado Campo Mayor, que arribó también de Lisboa en seis buques de transporte el 17 del mismo mes de febrero.

El general W. Stewart era un oficial dotado de un alto carácter profesional y fue muy popular y considerado tanto en Cádiz como en la Isla de León. Recibió de Wellington el encargo de evitar las grandes acciones militares y mantenerse fundamentalmente a la defensiva, lo que coincidía con la estrategia adoptada por los españoles. El 24 del mismo mes de febrero llegó a Cádiz el general Graham quien, enviado desde Inglaterra, asumió el cargo de comandante en jefe de las fuerzas británicas. Cuatro días más tarde arribó, procedente de Portsmouth, Henry Wellesley —el hermano menor del duque de Wellington—, en calidad de ministro plenipotenciario, que fue recibido cordialmente por la población y la Regencia. Desde el principio se otorgaron grados militares españoles a varios de los oficiales británicos que se hallaron en Cádiz y en la Isla de León, previa conformidad de sus jefes y del Gobierno. La Regencia confirió a Stewart la graduación de teniente general de los reales ejércitos.

El valor estratégico de la Isla de León fue contemplado con absoluta claridad por las fuerzas aliadas, en total coincidencia con los militares españoles. Frente a quienes creían —fundamentados en una opinión vulgar— que la ciudad de Cádiz, protegida por sus murallas, podría resistir exitosamente un ataque directo del Ejército francés en el caso de que los invasores superasen la Isla, los defensores de ésta estuvieron firmemente convencidos de que era el antemural de Cádiz, y que una pérdida conllevaría irremisiblemente a la otra. Al respecto, el propio Wellington advirtió: *That if the Isla de Leon is lost, the town of Cadiz will not, and probably cannot, hold out a week.*

A mediados de marzo de 1810 las tropas que defendían las líneas de la Isla de León alcanzaron los 16.900 individuos, en números redondos, así repartidos:

Ejército de Alburquerque.....	10.400
Tropas británicas.....	2.900
Tropas portuguesas.....	1.200
Voluntarios españoles.....	2.400

El levantamiento del sitio de la bahía de Cádiz

El 22 de julio de 1812 tuvo lugar la derrota francesa en la batalla que los vencidos llamaron de los Arapiles y los vencedores de Salamanca. La noticia de un acontecimiento tan jubiloso para los españoles llegó a la Isla de León y Cádiz a finales de mes. Como consecuencia del combate, el ejército francés de Portugal tuvo que replegarse hacia Valladolid y recular, luego, hasta Burgos. El rey José I abandonó precipitadamente Madrid, retirándose hacia las monta-

ñas que separan La Mancha de Murcia en dirección a Valencia. Lord Wellington entró en Madrid el 12 de agosto, siendo recibido por la población con un entusiasmo indescriptible.

La victoria de los llanos salmantinos llevó a muchos a concluir que los franceses se verían forzosamente obligados a levantar el sitio de la bahía de Cádiz y a evacuar seguidamente toda Andalucía. El 3 de agosto, la Regencia dio orden al 4.º ejército, acantonado en la Isla de León, para que se preparara a perseguir al enemigo en el caso de que éste abandonara sus posiciones.

Aprovechando la oscuridad, en la noche del 24 al 25 de agosto los franceses comenzaron la destrucción de sus fuertes, reductos, baterías, almacenes de pólvora, etc. Las formidables obras de La Cabezueta dejaron de existir a la una de la madrugada entre horribles explosiones. Cuando las primeras luces del nuevo día rayaron en el horizonte, los sitiados pudieron comprobar la huida de los sitiadores de sus posiciones artilleras. De inmediato, las tropas que se hallaban en los puestos avanzados recibieron la orden de ponerse en marcha para ocuparlas. A las diez de la mañana, unidades españolas y británicas tomaron los puntos abandonados por el enemigo, a la vez que sus embarcaciones ligeras entraron por el río de San Pedro y el caño del Trocadero.

Una gran columna francesa de caballería e infantería comenzó a retirarse en la noche hacia Jerez de la Frontera, prosiguiendo su marcha en la mañana. Antes de su partida, exigieron a la población de El Puerto de Santa María una gran suma de dinero en concepto de contribución extraordinaria, haciendo prisioneros a algunos de sus habitantes porque rehusaron pagar la parte que les correspondía. Esta acción fue la última de la interminable serie de crímenes y vejaciones que soportaron los habitantes del territorio ocupado por el 1.º cuerpo del ejército napoleónico en España, que se mostró tan brillante en el campo de batalla como deleznable en el campo del honor.

Los franceses abandonaron todas sus posiciones y trabajos del sitio, con excepción de El Puerto de Santa María, donde permaneció rezagado un cuerpo de caballería para cubrir la retirada hasta mediodía, cuando salieron tomando la dirección de La Cartuja. Numerosas piezas de artillería, pertrechos y pólvora se abandonaron. La mayor parte de los cañones quedaron sin deteriorar o mal enclavados y las chalupas cañoneras no fueron quemadas sino desfondadas en su mayoría. En las marismas se encontraron armas de todas clases en grandes cantidades. Las enfermerías y cantinas permanecieron intactas. Todo ello atestigua que la retirada se hizo precipitadamente y en medio de una gran confusión. Incluso se halló sin cocer la masa del pan del día preparada y destinada a la tropa. Destacamentos de tropas españolas de la primera línea y parte del 2.º regimiento de húsares de Hannover ocuparon inmediatamente Puerto Real y Chiclana de la Frontera. A la sazón, el comandante de las fuerzas británicas en Cádiz era el mayor general George Cooke quien informó de la grata noticia a Wellington.

El mismo día 25 comenzó la destrucción de todas las obras del enemigo y,



Placa conmemorativa en el puente de Suazo. (Foto: A. C. O.).

ciudad. El día 26, a las 9 de la mañana, los franceses abandonaron la villa y el castillo de Arcos, clavando la artillería y dejando una cantidad enorme de efectos militares y provisiones. Seguidamente, se fue evacuando Bornos y toda la línea del Guadalete, desde Villamartín hasta Ronda, así como los puntos de Zahara de la Sierra y Teba, haciéndose saltar las fortificaciones, inutilizándose la artillería y destruyéndose las municiones. En la retirada, los soldados de Napoleón requisaban cuantos caballos encontraban.

El sitio de la Isla de León y Cádiz había durado treinta meses y medio. Durante tan largo periodo de tiempo el enemigo no cesó nunca de trabajar con gran actividad en la construcción y mejora de su importante línea de reductos y baterías, que llegó a contar con varios centenares de piezas artilleras de gran calibre —entre 400 y 500—, de las que casi la mitad estuvieron colocadas en la costa del Trocadero, incluyendo Fort Louis. Esta línea de cerco francesa fue la más extensa de cuantas existieron en la Guerra de la Independencia española y uno de los conjuntos artilleros más importantes en la historia de las guerras modernas, únicamente superado en la península Ibérica por las impresionantes obras de fortificación que construyeron los británicos en las inexpugnables líneas defensivas de Torres Vedras para la defensa de Lisboa. Además de esto, el Ejército napoleónico utilizó en la bahía de Cádiz el arma de artillería más potente que hasta el momento había sido usada por los hombres: el obús-mortero Villantroys.

El 26 de agosto comenzaron los franceses a evacuar Sevilla, colocando la artillería fuera de servicio. Al día siguiente, las tropas nacionales y aliadas bajo el mando del general Mourgeon de la Cruz ocuparon la capital del

antes del mediodía, sobre el muelle de Cádiz los patrones de los barcos ofrecían sus servicios a los gaditanos para cruzar la bahía y transportarlos hasta las posiciones recién abandonadas. Fueron muchos los que visitaron las baterías artilleras del Trocadero y la punta de La Cabezuela, siendo objeto de particular atención los obuses-morteros Villantroys que habían sido utilizados para el bombardeo de su

Guadalquivir. Las columnas francesas marcharon en dirección a Granada, que Soult había dispuesto como punto de concentración final de todo el Ejército del Sur. La retaguardia fue cubierta con 8.000 soldados de infantería, 2.000 de caballería y seis piezas de artillería, bajo el mando de los generales Villatte y Semelé. Al amanecer del 17 de septiembre de 1812 las fuerzas napoleónicas acabaron por abandonar la ciudad de la Alhambra, dirigiéndose los invasores de Andalucía hacia Guadix. El día 29 siguiente Soult llegó a Almansa, donde entró en comunicación con las fuerzas del mariscal Suchet.

